

Federico Watkins

# SEMILLAS MALAS



LIBROS DEL COSMONAUTA

Watkins, Federico  
Semillas malas / Federico Watkins. - 1a ed. - La Plata :  
La Máquina Infernal, 2023.  
150 p. ; 21 x 15 cm. - (Libros del cosmonauta. Super  
Astronave ; 1)

ISBN 978-987-48597-8-5

1. Ciencia Ficción. I. Título.  
CDD A863

© La Máquina Infernal. Libros del Cosmonauta.  
ISBN 978-987-48597-8-5

La Máquina infernal. Libros del Cosmonauta  
Calle 47 no. 1448. La Plata. Buenos Aires. Argentina.

edicionescosmonauta@gmail.com  
<http://www.librosdelcosmonauta.com>  
[facebook.com/ediciones.cosmonauta](https://www.facebook.com/ediciones.cosmonauta)  
IG: ediciones.cosmonauta  
Twitter: @edicionescosmo1

Impreso en Tecnooffset // Araujo 3293 - (C1439FAQ)  
Ciudad de Buenos Aires, en el mes de septiembre de  
2023

Ilustración de cubierta: Koff  
Diseño: Edu Karakachoff

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Impreso en Argentina // Made in Argentina

*Ta ta ta tanmmmmn/  
Ta ta ta tanmmmmn*

Ludwig van Beethoven,  
Quinta Sinfonía



## I

### 1. SAN RÓMAN EMPIEZA A CAMBIAR

—No estás enamorada de mí, solo estás enamorada de cómo eres cuando me amas.

—Quizás sea un signo de los tiempos, quizás solo sea el aprendizaje de dos realidades, dos escuelas del amar y el no amar y el entregarse y ser.

—Todo lo que necesitas es amor.

—Amor es todo lo que necesitas.

En la intendencia, Saúl Bernadetti lloraba. Había perdido veinte litros de lágrimas pero no dejaba de leer. Era un lunes de 1985 en San Róman, plena meseta del norte de Neuquén, Patagonia Argentina. Un escarabajo cruzaba la calle principal.

No servir para nada era el sino trágico de San Róman. Estaba lejos del petróleo, de los ríos, de las zonas productivas. No entraba gente ni a cargar nafta. No había minas o plantaciones y mucho menos una industria: solo tenían el taller de Don Brezo, creador de máquinas inútiles como la pistola para suicidarse o la catapulta de asedio (homenaje al Señor de los Anillos).

Las alamedas se alzaban en filas o en grupos. Los pajaritos sobrevolaban el arroyuelo. Era un lugar dado a la naturaleza, a falta de algo mejor.

Un cimarrón jugaba, bostezando, con un hueso. Doña Amparo dormía la siesta mientras en el patio sus nietos hacían pocitos con palos. El perro dudó en acercarse cuando oyó las risas, pero no le llamó la atención, nada llamaba demasiado la atención en San Róman, nadie se acordaba de quién le había puesto ese nombre, si era en homenaje a algún santo o si había sido capricho. Las letras gigantes

de madera con la leyenda SAN RÓMAN estaban desde siempre. Nadie sabía bien.

Titino, el mecánico, miraba hacía dos días un motor. Titino era bizco grave, entonces tardaba mucho. Pero más disfuncional que Titino era Marito, su padre, que hacía carteles y era disléxico.

San Róman no fue planificado. Iba haciéndose hacia el oeste, cada casa nueva pagaba el derecho de piso y le servía de reparo a la anterior. Como en los casamientos: el que llega último estaciona más lejos. La ley de la vida en un pueblo del interior neuquino que estaba viendo pasar otro lunes.

Saúl Bernardetti (h), descendiente de italianos y sirios, hijo del primer jefe comunal de San Róman, Saúl Bernardetti Alá, leía emocionado las últimas páginas del flamante best seller (el número 10) de su escritor favorito en el universo.

*El Consorcio Botticelli* era el opus magnum de Bran Down, el mejor escritor de todos los nacidos desde el Big Bang. Basado en la sucesión de Fibonacci, *El Consorcio Botticelli* era matemáticas, arquitectura, física, biología y todas las ramas del saber.

Lloraba Saúl, y era una suerte que no hubiera nadie en la municipalidad. No quería defraudar a su hijo Saulito, un niño débil y de baja estatura, que no había heredado los rasgos férreos de su padre pero que lo admiraba con pasión.

Lloraba Saúl, rendido ante el conocimiento y Fibonacci. Fibonacci, italiano como sus ancestros, del viejo país que tanto le nombraba su abuelito. Añoraba, con la nostalgia de lo que nunca fue, las campiñas de la lejana patria y el aroma de los olivares en la infancia de sus ancestros.

Fibonacci. Saúl se rindió a la primera línea de la historia de Scott Edge, portero de edificio en Milán, y su contraparte femenina, la femme fatale con cerebro Anna Zetta, dueña del penthouse.

Scott vive en un departamento llegando al sótano. Alto, recio de

hombros, de simpática humildad y profundos ojos claros, lee mucho y prepara la licenciatura en Historia del Arte. A pesar de ser un simple portero, y esto está narrado con formidable trazo grueso por Down, Scott no se siente menos que nadie.

Los sábados pasea por Milán, la apolínea, a la caza de la sucesión de Fibonacci. La secuencia más famosa de la historia de las matemáticas distribuida a lo largo de una ciudad perfecta. Donde «como un torrente impetuoso surgió todo», monologa Scott, en palabras de Down. En medio de alusiones a Da Vinci, a la corte de los Sforza, Scott pasea distraído. Es ajeno a la mirada de las mujeres a su paso (exquisitas, como toda milanese). Down deshoja progresivamente las capas de Scott.

Saúl se reconocía en Scott. Como él, era despreocupado. Además leía mucho. Lástima que apenas tenían secundaria. Se dijo que iba a encontrar la excusa para exigir un Instituto de Formación Terciaria. De ahí para arriba. En Neuquén Capital negociaría duramente el presupuesto. Lo dijo con determinación y siguió leyendo. Era la siesta de un lunes. Alzó otro segundo la mirada: sonrió.

Los sábados, Scott cena en alguna cantina de barrio. Cada tanto, siempre distante aunque comprometido, precursor de la responsabilidad afectiva (estamos en los 80), cede a los encantos de alguna Gina Lollobrigida. En la febril pasión de Down, la mujer es Lollobrigida, es Sofía Loren. Así que Scott, cada tanto, cuando tiene ganas, se encama con alguna bomba de nombre Gina, Antonia, Michela. Es un amante infalible, y sus encuentros terminan siempre con una despedida amable.

Las primeras setenta páginas del libro transcurren entre el número áureo, Pi y la introducción a Scott. Un recorrido por la historia como una piedra haciendo patito: la Mona Lisa, física, química, álgebra, geometría.

Finalmente, la sucesión de Fibonacci, 0 1 1 2 3 5 8 13 21 34, el gráfico del caracol, apareció al doblar la esquina de una página: Saúl

enloqueció para siempre, pegó un grito, miró al cielo y agradeció por Pitágoras, por Thales, por Hipatía. Un compilado de sabiduría, eso era *El Consorcio Botticelli*, el libro que estaba llamado a torcer la historia de San Róman y convertirlo en una de las capitales mundiales de la sucesión de Fibonacci y la Proporción Áurea, centro energético del Universo y epicentro de la posible destrucción de toda la vida sobre la Tierra.

A Saúl casi le dio un pasmo cuando, por fin, los caminos de Scott y Anna se cruzaron. Estaba en el inodoro hacía cuarenta páginas y el momento se preanunciaba y no llegaba, y el ascensor tardaba, y su deshidratación tomaba forma de copioso sudor que le iba oscureciendo la camisa marrón claro, y el penthouse quedaba lejos, y a Scott no parecía preocuparle nada, por más que subía hacia lo de una verdadera diosa (presentada en todo su esplendor) mientras silbaba distraído el primer movimiento de la Sinfonía nro. 5 de Ludwig van Beethoven que, como Saúl iba a enterarse, también estaba basada en la sucesión de Fibonacci.

Sube el ascensor y el silbido inunda el habitáculo. Anna tiene un problema mundano con la calefacción central. Scott acomoda entre sus pies su pesada caja de herramientas. Silba distraído mientras piensa —una técnica muy downeana de presentar a sus personajes es el monólogo interno— en las huellas del paso del hombre por la Tierra.

Cómo hacía para pensar eso y a la vez chiflar con matemática precisión es algo que a Saúl poco le importaba porque los párrafos pasaban veloces: el ascensor ahora está en el piso de Anna. Scott entra, respetuoso, aunque no del todo ajeno a los encantos del outfit de entrecasa de su contraparte. Arregla el desperfecto con facilidad. Anna está en otra habitación, en su atelier, pintando. Scott le dice «ya está listo». Se acerca y la ve ensayar movimientos magníficos. Es todo celebración, hay reconocimiento inmediato de patrones áureos, la

impresionante tensión sexual trasciende las páginas: Saúl tuvo que aliviar a mano la presión de su zona de guerra.

Unos días después, Anna irrumpe en la habitación de Scott. Una conspiración milenaria acaba de salir a la luz y tiene que ver con la sucesión de Fibonacci, con Botticelli y con una grave amenaza para la humanidad: la matemática podría cambiar radicalmente.

Anna cuenta que Grecia había salido de su Época Oscura gracias a Fibonacci, que tenía otro nombre: los griegos encontraron en la sucesión Fhe (que viene de perase, pasos) la forma de salir de esa edad de pocos adelantos. Fhe tiene la clave para el futuro: su progresión logarítmica. Ese crecimiento exponencial los hizo salir de esa época de ignominia con zancadas grandes. También consideraron que si se seguía usando ese patrón, en quinientos años no habría planeta dada la velocidad con la que podríamos expandirnos.

Entonces enterraron Fhe. Crearon una logia secreta, Los Sabios de Fhe, para proteger sus increíbles poderes. Asesinaron a todo aquel que se acercara a sus secretos.

Cuando siglos después Leonardo de Pisa, es decir Fibonacci, describió la sucesión numérica, la Logia quedó encantada y decidió que esa sería la cara de Fhe a partir de ahí: una fórmula que buscaba la belleza y la armonía.

Dejaron que se depreciase a un concepto estético: funcionó bien durante varios siglos. Pero, Anna hace una pausa y lo mira mientras clava los dientes, la Logia había sufrido un golpe de parte de una facción rebelde.

Están a días de conseguir el manuscrito secreto que libera Fhe, que permitirá que el mundo experimente los cambios atroces que lo llevarán al colapso. Un Apocalipsis con un nuevo profeta y rey, que gobernará el mundo en nombre de Los Sabios de Fhe.

La clave está en un cuadro de Sandro Botticelli, miembro de la Logia: su lienzo contiene instrucciones para neutralizar el levantamiento. De pronto, hay un atentado en el penthouse de Anna y el

ruido de la bomba hace que se abrace con Scott. Después del cagazo, pero no mucho después, digamos ahí, medio de toque, sin abrir siquiera la puerta para ver qué había pasado, Anna y Scott cogen, y acá Down obra de forma magistral, porque el lector entiende que no hay otra salida que esa.

Saúl alzó la mirada. Se preguntó por qué no le pasaba eso a él. Por qué en ese pueblo de porquería no descubrían algo, petróleo, o un dinosaurio (eso él lo había intentado con una retroexcavadora).

Nada. En San Róman no había chances. Ya no sabía qué hacer. Solo quedaba esperar que alguna ruta pasase cerca. Entonces escuchó un zumbido, como si un cuchillo de un kilómetro estuviera cortando aire, y la explosión más grande de la historia lo levantó, lo hizo estrolarse contra la pared opuesta y, mientras volaba, mientras caía con dolor y se empezaba a desmayar, solo podía imaginar, con esa convicción humana ante la catástrofe, como si cada cambio no fuera otra cosa que positivo, que se estaba resignificando todo.

Ese día se fundaba San Cráter. Ese día se redefinía la historia de la humanidad.

## 2. ARRIBA DE LA CABEZA, UN MONTÓN DE ESPACIO

Un tipo a millones de años luz hacia arriba, o hacia abajo, es decir, hacia el este, no sabemos bien, es de alguna manera lo mismo, fabricó un Traductor Universal muy poderoso. Se consigue en setecientos catorce mil colores distintos y tiene detección automática de idioma.

Si se introduce el nombre del planeta donde sucede esta historia y se elige la opción «castellano terrestre», la traducción será: Acun. Sus habitantes, los acunianos. Todos los nombres propios de esta narración serán traducciones realizadas con el Traductor Universal.

Acun orbita alrededor de Próxima Centauri y está relativamente cerca de la Tierra: menos de cuatro años luz. Es un planeta habitado